

HALLAZGOS LEBENARDIANOS



Lektografía-Filosofía-Arte Criptográfico-Hueso de Dragón-Pictogramas-Ideogramas Chinos-Zen y Lebenardismo

De **CRITICA LEBENARDIANA** para **JEAN LE BENARD** en **ESPAÑOL**



Por
HUGO CUCCARESE

De París, **2010**

La Paradoja Lebenardiana

Por más de veinte años el Dr. Jean Le Benard había estudiado idioma chino con un maestro de la vieja escuela que vivía muy cerca de su casa, en las afueras de París, pero después de mucho tiempo de no practicar la lengua, la única frase que podía recordar de memoria era: “Yo estudié idioma chino en el instituto de idiomas de Pekín” que, para colmo –según dicen-, era mentira. Algunos críticos sostienen que mentira era una forma de decir, porque -según él-, decía la verdad.

Hay una anécdota muy rica y, por cierto, muy desopilante, referida a esto mismo que cuenta el siguiente episodio:
A cada persona que le preguntaba, ¿doctor, dónde estudió chino, usted? Le Benard le respondía siempre lo mismo:

“Beiching iyuang yue yueng taá yueseng”

Que traducido quería decir:

“Yo estudié idioma chino en el instituto de idiomas de Pekín”.

Entonces, cuando sus interlocutores asombrados le decían:

-“Pero, doctor, eso es una mentira. ¡Usted nunca estuvo en China!”

Él les respondía con una dulce ironía:

-“Es verdad que no estuve en China; pero también es verdad lo que dije”.

-¿Cómo es eso, doctor? –le replicaban asombrados.

A lo que él explicaba:

-“Les repito, queridos amigos, lo que les acabo de decir es absolutamente verdad: Yo estudié idioma chino en el instituto de Pekín, aunque, por cierto, jamás he ido a China”. ¿Cómo se entiende esta contradicción? ¿Es verdad o es mentira lo que dice Dr. Le Benard?

La respuesta, a estas alturas, poco interesa. La Paradoja Lebenardiana ya había sido formulada por el mismo Le Benard.

Le Benard dice:

-“Es verdad que yo estudié en el instituto de Pekín –y de inmediato agrega-, pero es mentira que Le Benard estudió en el instituto de Pekín, que está en China, porque jamás he ido a ese país”.

La controversia ya se encuentra cómodamente instalada en el discurso lebenardiano. Lo que resta saber es si para el caso, Le Benard, al igual que para el viejo Epiménides -el más cretino de todos los cretenses-, miente o dice la verdad.

La identidad entendida aquí como “confusión” entre el sujeto de la oración (yo) y el nombre de pila del sujeto que la pronuncia (Le Benard) se produce, consecuentemente, a causa del silogismo que de ella se desprende:

-Yo soy Le Benard.

-Yo estudié en Pekín.

-Por lo tanto: Le Benard estudió en Pekín.

El silogismo es perfecto. Y según podemos ver, por lo que de él se desprende es que Le Benard dice la verdad –claro, una parte de la verdad-. Pero lo mejor de todo es que no miente. El dice la verdad (su verdad) y lo que se entiende por “mentira” es simplemente lo que deja sin decir. Pero lo peor de todo es que, al mismo tiempo él sabe que “está faltando a la verdad”, que lo que está diciendo es verdad y, por otro lado, en lo mismo que está diciendo falta otra verdad, que no es mentira, sino que solamente falta, porque no es dicha, porque no está él para decirla.

Pero a Le Benard no le interesa en absoluto si miente o si no miente, si dice o no dice la verdad que no dice o no puede decir, a él solo le importa la verdad que está al alcance de su lengua, la que se puede decir. La que, en este caso, utiliza de forma astuta y engañosa para deleitarse a costa de sus amigos en un juego burlón y narcisista, ignorando que gran parte de este singular sentido del humor ya ha sido transmitido en su enseñanza, que también dejó su huella en la memoria de sus discípulos más febrilmente fieles.

Se cuenta que una vez, cuando un antilebenardiano le dijo a un lebenardiano “yo no pertenezco a tu Escuela, yo voy a otra parte”, el otro fanático le respondió -también, paradójicamente- pero con un giro cínicamente lebenardiano:

-“No existe otra parte. El *todo* –que es nuestra lengua, nuestro maestro y nuestro Dios-, es lo único que hay. Lo único que importa”.

Los intelectuales de los años ´30, fieles a aquella filosofía popular de “no aclares que oscurece”, ven con espanto este giro estroboscópicamente lebenardiano cuando el propio Le Benard, fiel defensor del discurso de Heráclito (conocido como El Oscuro), responde ante la interpelación de uno de sus propios discípulos sobre el por qué era tan “heraclitiano” (oscuro) para pronunciar sus enunciados, diciendo:

“Yo, personalmente, a diferencia de aquel viejo y confuso oscurantista griego (por Heráclito), *oscurezco para aclarar*”.